



— EL MERCURIO — Domingo 16 de Enero de 1972

OBRAS Y AUTORES

Mario Cánepa Guzmán: “El Teatro Social y Obrero en Chile”

Por HERNÁN DEL SOLAR

No ha necesitado el autor revolver afanosamente viejos e innumerables papeles en busca de datos para escribir sobre teatro chileno. Ha escrito obras acerca del tema y tiene ahora buen material a mano. Esta vez no ha querido trazar un panorama completo, como lo hizo antes. Su atención ha trazado límites menos extensos y con notoria satisfacción ha ido recorriendo un aspecto de nuestro teatro que nadie ha abordado con el detenimiento que exige al estudioso honestamente alejado de precipitaciones. Es fácil trazar el cuadro con unos cuantos brochazos, dejando en la sombra detalles de importancia para una justa y cabal valoración. Importa una mejor perspectiva, de manera que nada esencial quede en la penumbra y pueda apreciarse debidamente la actividad escénica chilena, con sus tendencias, sus guías, sus compañías. Mario Cánepa Guzmán aspira a esta clara exposición de los orígenes y desarrollo del teatro social y obrero de nuestro país. En una breve obra, que publica “Ediciones Cultura y Publicaciones” del Ministerio de Educación, aborda el tema, a la sombra de este epígrafe de Luis Emilio Recabarren: “Consideramos el teatro como una necesidad educativa y de crítica de los defectos”. Realmente el teatro ha sido, en todas las épocas y países, un testimonio de las fuerzas positivas y contrarias de una sociedad. Aun las obras de apariencia meramente recreativa han sido a menudo, con su inocencia fágida y despreocupada, un espejo condenatorio.

No ignora Cánepa Guzmán —experto conocedor del tema— que el teatro propiamente llamado “social y obrero” no es, entre nosotros, abundante. Sin embargo, puede ser complicado exponer de modo cabal.

Interesaría definir, inicialmente, lo que va a considerarse “teatro social”. La expresión se presta para discusiones y, a la postre, vendría a ocurrir que, sin excesivo rigor, la mayor parte del teatro que conocemos es social. Tal cosa exigiría a la obra de Cánepa una extensión harto más abultada. Pero dejemos tales distinciones y admitamos, desde luego, que “teatro obrero” es más fácil de tratar. Y de actualidad muchísimo mayor. El autor de esta obra lo manifiesta. Alude al despertar obrero, simultáneamente acaecido con el enriquecimiento que trajo el salitre. “Esta nueva riqueza obtenida por el país —escribe Cánepa—, las extractivas, dan lugar a un nuevo estrato social: el proletariado. Esta clase, nueva en nuestro país, viene a buscar su enfrentamiento con el capital y para eso tiene que saber, conocer, culturizarse, y eso mismo trae consigo las agrupaciones, las primeras asociaciones, las sociedades mutualistas que cumplen labores societarias en torno a ciertas necesidades sin tener una orientación combatiente. Y es en el campo cultural donde más se esfuerzan las cosas. Había que hacer llegar periódicos, folletos, crear formas de entretenimiento y recreo. Así surgieron las Filarmónicas y con ellas los primeros conjuntos artísticos que sirvieron para dar a conocer cantantes, recitadores, bailarines, monologuistas y, lo principal, artistas que dieran forma a conjuntos artísticos”.

Cánepa Guzmán bosqueja así los fundamentos sobre los cuales levantará su somero estudio. Pero antes —historiador que no desdén nada apreciable— ha dado una ojeada a los comienzos de la vida escénica chilena. Fija los ojos en la Colonia y ve cuadros sumamente amenos, que desea mirar con sus

lectores. Nos encontramos en 1518 (año, por lo demás, de la muerte de Cervantes) y tenemos aquí una orden real que les impone a las colonias que celebren el Misterio de la Concepción con recitaciones y diálogos. Luego, el Presidente Lazo de la Vega hace desarrollar un nutrido programa de comedias, representadas por capitanes, sargentos, licenciados y nobles del reino, para agradecerle a San Francisco Solano el milagro de haberle sanado de una grave enfermedad. Con el transcurso de los años, estas actividades se vuelven más numerosas y constituyen el solaz de pobres y de adinerados. Son ingenuos los unos como los otros. Don Bernardo O’Higgins es muy adicto a las manifestaciones artísticas, acude a todas las funciones, y le pide a su edecán, Domingo Arteaga, que levante un teatro donde haya funciones continuadas. Provisoriamente, el teatro aparece en la calle de Las Ramadas, hoy Esmeralda, y este es el punto de partida de las vicisitudes de la vida teatral chilena.

Pero es el teatro obrero el que desea presentar nuestro autor. Encuentra datos curiosos. Desde luego, muchos no saben que Elias Laferte fue un actor diligencioso; pues bien, aquí lo encontramos recordando personalmente sus actividades. “Alternaba mis labores de administrador del diario El Despertar —escribe— con mis tareas de miembro del conjunto teatral, que actuaba todos los sábados en el local, bajo la dirección del compañero Jenaro Letoore. Naturalmente, este conjunto tenía un sentido político, de enseñanza, de utilización del arte en la tarea de educar a los trabajadores y no podía en escena obras como aquellas en que yo había trabajado en las oficinas salitreras, en las que abundaban las mariposas, las conchas, los nobles y el adulterio. Representaba, en cambio, obras que si bien no eran de un gran valor teatral, respondían las necesidades y al gusto de los socialistas. Entre estas estaban “De la taberna al cadáver”, drama en versos, en 3 actos, de Juan Rafael Allende; “Flores rojas”, de Aguirre Bretón; “Justicia”, una pieza española de tendencia anarquista cuyo autor no recuerdo; “La mendiga”, de Rafael Fernández Montalva, cuyo papel protagonista estaba a cargo de Aida Osorio, compañera de Juan Vargas Puello y “Redimida”, en un acto, de Luis Emilio Recabarren”.

Amenamente cruza el autor por entre piezas de diverso mérito, hasta llegar a la creación de la Compañía Dramática Nacional, en 1913. Alrededor de ella se agrupan importantes nombres, anarquistas en su mayoría, y la vida de este impulso dura algo así como 3 años. Se estrenan muchas obras. Surge entonces con vigor la personalidad de Antonio Acevedo Hernández, que estrenó “En el rancho”, su primera obra.

Enumera, luego, comentándolos sucintamente, a los autores que con Acevedo Hernández y Víctor Domingo Silva, creadores de nuestro teatro de carácter social, realizan una obra destinada al análisis de los problemas proletarios y a las circunstancias de nuestro desarrollo cívico, tras una conciencia de lo que somos y de lo que nos proponemos realizar para darle amplitud a nuestro destino. Mario Cánepa Guzmán nos entrega en estas páginas, puede decirse, un simple apunte para un trabajo más prolijo, más meditado, donde a la visión del proceso vital de nuestro teatro obrero se suma, con exactitud más visible, un juicio crítico, amplio, desprejuiciado, que se aproxime a lo inobjetable.

664332

Mario Cánepa Guzmán: "El teatro social y obrero de chile"

[artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mario Cánepa Guzmán: "El teatro social y obrero de chile" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile